

DE CÓMO APRENDÍ A OBSERVARME A MÍ MISMO CON CIENTÍFICA PRECISIÓN Y COMPASIVA IRONÍA

Escribí este texto para su publicación en un libro llamado LOS MUNDOS DEL ENEAGRAMA: MIRADAS DESDE CHILE, donde junto a otros 12 autores revisamos experiencias y reflexiones en el contacto con este extraordinario instrumento de investigación de la conciencia. Fue lanzado el 8 de mayo de 2015.

Gonzalo Pérez Benavides

Tuve la fortuna de recibir e incorporar muy temprano el formidable instrumento de autoconocimiento y transformación que es el Eneagrama de la Conciencia Humana. A los 21 años, estudiante de Psicología de la U de Chile, apasionado buscador de respuestas a los enigmas perturbadores que me habían dejado experiencias bien extremas con variados estados de conciencia, entré a formarme en la Escuela mística -o esotérica- de Oscar Ichazo.

Se trataba de un entrenamiento vespertino de diez meses, con nueve en Santiago, compatible con horarios laborales o universitarios, y un mes intensivo, residencial, en Arica, durante las vacaciones de verano. Lo llamábamos **Santiago Uno**, porque era la primera vez que la enseñanza de Oscar llegaba a la capital. Comenzó el 1 de julio de 1971.

Oscar Ichazo había nacido en Bolivia cuarenta años antes; su extraordinario desarrollo de conciencia a través de experiencias chamánicas y aprendizajes esotéricos había atraído a un grupo de buscadores chilenos con los cuales había fundado en la ciudad de Arica, en 1969, el primer núcleo de enseñanza. El brillante psiquiatra Claudio Naranjo – de su misma edad- tuvo pronta noticia de lo que estaba sucediendo, vino de California a conocer a Oscar, y quedó tan impresionado, que persuadió a 60 de sus colegas del Instituto Esalen –la vanguardia humanista y transpersonal de entonces- a venirse a Arica por diez meses a entrenar con este inclasificable maestro de iluminación. Ese entrenamiento partió el 1 de julio de 1970.

El nuestro, el Santiago Uno, un año después, tenía la misma estructura y contenido. Oscar se había ido con los norteamericanos a Nueva York, para quedarse, pero nos hizo tres visitas para dar conferencias y realizar ejercicios de iniciación con cada uno. En Chile, dejó la enseñanza en manos del psicólogo Héctor Fernández –entonces Presidente del Colegio de Psicólogos-, de su señora y colega, María Cristina Lorentzen, y

de un equipo de tres de sus discípulos directos: Marcos Llona, Iris Sangüeza, Juan Carlos Villegas. Con ellos emprendimos, todas las tardes, en una arbolada parcela de La Reina, un proceso intensísimo que nos transformó para siempre.

Éramos un grupo de 70 personas, muchos muy jóvenes –como los integrantes de los Blops-, pero muchos también de otras edades. Empezábamos con Psicocalistenia (un yoga aeróbico) y seguíamos con meditaciones, mantras, ejercicios de división atencional, vocalizaciones, Audición Plantar (un método para escuchar la música con el cuerpo y no con el intelecto). Mucha, mucha experiencia, y casi nada de explicación. Desde el principio tuvimos muy claro que la elaboración conceptual o el comentario razonado no eran bienvenidos.

La invitación constante era a experimentar sin juzgar ni interpretar. Nunca se recomendó un libro para leer; por el contrario, ojalá fuéramos desapegándonos de nuestras bibliotecas. Porque el planteamiento que fundamentaba todo el trabajo fue explicitado en una de las primeras sesiones de forma simple y demoledora, en una brevísima lectura llamada –aún recuerdo- RECONOCIMIENTO DE LA SITUACIÓN.

En lingüística actual, diríamos que establecía una drástica distinción entre dos estados de conciencia: uno, el estado **dormido**, automatizado, donde la mente está identificada con el ego, réplica interna de una Matrix social siempre vigilante, con un darse cuenta que en verdad no se da cuenta de nada, como había demostrado categóricamente Freud. Una mente condicionada, reactiva, movida inconscientemente por emociones defensivas cuyo único objetivo estratégico es proteger el eje narcisista que llamamos **yo**.

El otro estado, muy publicitado por las vanguardias New Age de los años 60, el fabuloso estado **despierto** en que la mente está libre de pasados o futuros imaginarios y la percepción se abre entera a la riqueza infinita del presente, incluyendo la sabiduría interior, la alegría creativa y la ilimitada generosidad de un amor que no conoce el miedo.

Reconocer la situación, entonces, significaba concluir que el estado humano considerado “normal” por la sociedad era un estado de enfermedad y discapacidad, causa de todo el sufrimiento y la destrucción. Ver a la humanidad así, dormida, era, inevitablemente, vernos a nosotros mismos como patéticos autómatas, o sonámbulos, soñando con compensatorias fantasías infantiles de grandeza, algunos, proyectos extraordinarios, otros, y de justicia y reivindicación, los más. Siempre que no estemos inundados por pesadillas de persecución, inferioridad o soledad.

Por supuesto, los 70 entusiastas educandos bastante compartíamos ya esa noción; si no, jamás habiéramos emprendido un curso tan exigente. La propuesta era

tentadora: entrenar nuestros cuerpos y mentes para depurarlos de los condicionamientos emocionales, usando los métodos de antiguas tradiciones de sabiduría, guiados por un ser humano que había realizado en sí el salto de lo dormido a lo despierto.

Manera de comprobar ese trascendental cambio de estado en el maestro, ninguna; apenas lo conocíamos. Nuestra confianza estaba puesta en Héctor Fernández, un hombre ya mayor, especialista en desarrollo humano, quien nos aseguraba que Oscar estaba en ese inconcebible nivel. Su sola convicción convencía. Claudio Naranjo, en California, había transmitido de la misma ardiente manera su certeza en la autenticidad de Oscar como maestro de estados de conciencia; de allí que 60 destacados norteamericanos –el Dr. John Lilly entre ellos- dejaran sus vidas allá y peregrinaran a Arica, Chile, a entregarse por diez meses a esta desconocida enseñanza.

El trabajo estaba estructurado de tal modo que, durante los primeros meses, una vez a la semana teníamos en pequeño grupo sesiones de exploración psicológica. Su propósito explícito: caer en cuenta de nuestros **pre-juicios**. Héctor las dirigía magistralmente. Con ojo de águila y olfato avezado de terapeuta, iba jalando el hilo egocéntrico de nuestras explicaciones hasta que el edificio entero se derrumbaba.

Todos entramos en crisis. En eso estábamos, cuando Oscar hizo su primera visita, para darnos la bienvenida e iniciar ritualmente el proceso. Estuvo en las sesiones de los grupos pequeños, conociendo a cada uno, y tranquilizándonos. Nos habló del **ego**, y su crónico acecho en las sombras, solapado siempre en el enjambre de los pensamientos y creencias. Pero sobre todo nos habló de la **esencia**, confirmándonos nuestro ser cósmico, divino, de luz pura, atrapado en las densas cáscaras del ego.

Inevitablemente, nos aseguraba Oscar, el anhelo esencial de atravesar esa coraza y manifestarse a la conciencia abrirá paso a esa liberación. Todas las guaguas son Budas, decía; el único problema es que no lo saben...

El sentido de todos los ejercicios era acallar la mente: vaciarla de sus contenidos condicionados para ir abriendo las puertas de la percepción a la experiencia inequívoca de la conciencia. Nuestra tarea de estudiantes, mantener con rigor la observación del suceder interno, desacreditando interpretaciones, conceptualizaciones y juicios para ir acercándonos al Observador en su contacto directo con la experiencia. Personalmente, me parecía una unión feliz del método fenomenológico de la mejor filosofía con el sistemático y escéptico método científico que había incorporado en la Universidad.

Como los conocedores ya supondrán, a esa altura del trabajo los 70 aprendices estábamos en pleno tormento de intentar acallar la mente con interminables sesiones de

meditación en las cuales, en vez de calmarse, la radio interior aumentaba desesperantemente su insensato volumen.

En eso estaba nuestro ánimo colectivo, cuando la prodigiosa caja de sorpresas que era el entrenamiento nos dio una sorpresa decisiva y maravillosa.

En la pizarra apareció un símbolo nunca visto, el diseño de un círculo con un triángulo interior más seis puntos conectados entre sí: el **Eneagrama**. A continuación, se nos informó que estábamos comenzando con ello el estudio del **Protoanálisis**, el sistema de conocimiento original desarrollado por Oscar en base a este símbolo antiguo que diagramaba los movimientos cíclicos de la energía.

En este caso, se trataba del Eneagrama de las Virtudes. De inmediato supimos que mejor sería ni siquiera intentar conocer definición de la palabra “virtud”, ni menos aún conceptualizar los nombres de las 9 virtudes que nos fueron presentadas. Porque nuestro trabajo con ellas no consistía en especular o idealizar significados de palabras, si no en aprender y practicar, literalmente “manos a la obra”, las posturas corporales correspondientes, o **mudras**, donde el cuerpo se vuelve símbolo viviente, antena armoniosa de energías sutiles.

La meditación en las posiciones de las virtudes, partiendo desde el vértice 1 y prosiguiendo sin apuro hasta el 9, se hizo parte central y bienvenida de nuestra rutina diaria. El Eneagrama de las Virtudes (copyright Arica Institute), hoy inmensamente difundido, se despliega del siguiente modo:

1. **Serenidad**
2. **Humildad**
3. **Veracidad**
4. **Ecuanimidad**
5. **Desapego**
6. **Valor**
7. **Sobriedad**
8. **Inocencia**
9. **Acción**

Tengamos en cuenta que todo el trabajo del entrenamiento lo hacíamos sentados en posición de loto –o la mejor aproximación a ello de que cada uno era capaz-; los mudras de las virtudes tienen esa postura como base. Tres ejemplos del ángulo 6:

En el mudra del **Desapego** (5) los brazos se estiran, las manos se extienden, palma hacia arriba, apoyando las muñecas sobre las rodillas. Las manos, totalmente abiertas, nada ocultan, nada retienen. En el mudra del **Valor** (6) las manos se empuñan relajadamente y los brazos se cruzan sobre el pecho, derecho sobre izquierdo, a la altura de las muñecas. Como conteniendo todo el poder de un faraón. En el mudra de la **Sobriedad** (7), las palmas de las manos, vueltas hacia abajo, descansan sobre las rodillas. La sencillez misma: nada que esté demás.

A esa altura del trabajo, en mayoría abrumados por la cotidiana constatación de nuestro estado dormido, derrotados con el poder del ego de controlar casi todos nuestros impulsos, tiñéndolos de egoísmo, tuvimos una entrevista individual de chequeo con alguno de los psicólogos. A mí me tocó María Cristina, una mujer exquisita, *lady* de pies a cabeza. Entre sus varias preguntas, investigó mi experiencia con las virtudes: cuál era mi favorita. Es curioso, le respondí, indicándosela con el gesto, porque el nombre de esta virtud poco me dice, o más bien no lo entiendo, pero la posición me llega directo al corazón.

Varias semanas después, ya en tierra derecha, cuando conocimos el Eneagrama de las Fijaciones y nos revelaron la de cada uno, me enteré que esa virtud especial para mí era justamente la que corresponde a mi eneatiipo.

Entretanto, proseguíamos el arduo viaje de autoconocimiento. Tocó el turno del Eneagrama de las Pasiones (copyright Arica Institute) o emociones egocéntricas, el negativo exacto de las Virtudes. Los mismos Siete Pecados Capitales de siempre, más la Mentira (3) y el Miedo (6). Ya la desilusión de nosotros mismos era casi completa: nos veíamos incesantemente flojos, mentirosos, cobardes, y luego rabiosos, orgullosos, envidiosos, avaros, glotones, lujuriosos. La lujuria no la notábamos tanto, en el estado de líbido disminuida que viene con la desilusión; pero pronto nos enteramos que el sadismo con que nos castigábamos por estar pecando en cada minuto era también una violenta lujuria. Lo mismo con la gula: supimos que no solo describía el saqueo al refrigerador a las tantas de la madrugada, sino también la compulsión idealizada de querer meditar más, mucho más, el doble o triple, para alcanzar por fin el escurridizo **satori**.

Ciertamente, la actitud cariñosa con que los cinco entrenadores contemplaban, divertidos, este inútil combate, ayudaba mucho a no tomárselo tan en serio.

La enseñanza decisiva de esos días fue la de los **tres instintos** y sus bloqueos. Se nos mostró cómo nuestro funcionamiento óptimo –el anhelado fluir en el presente- dependía de la acción espontánea y orquestada de los instintos biológicos, que

saben animarnos con la certera inteligencia de la vida. Fluidez fácil de comprobar observando los animales en Animal Planet. o las mascotas de la propia casa.

Los tres instintos corresponden a los tres vértices del triángulo inscrito en el Eneagrama: arriba (el vértice 9) está el instinto de **conservación**, supervivencia, autopreservación. Es el instinto que nos permite asumirnos a nosotros mismos y cuidar de estar sanos y salvos; existencialmente se expresa como **identidad** y seguridad en sí mismo. Su parálisis genera todas las versiones del autoabandono y la desprotección, enmascaradas para el sujeto con alguna identificación extrema (con mi partido, o mi religión, o mi matrimonio, o mi posición escéptica, o mi búsqueda, o...). Su síntoma central: la negación, la insensibilidad con el propio sentir, la indiferencia –“me da lo mismo”, “no me importa”-, la alienación. Terminologías nuevas para nombrar la misma antigua Pereza. Existencialmente, está dificultada la experiencia de **ser**.

En el vértice de la derecha (3) está el instinto de **relación**, o social. El instinto que nos lleva a contactarnos, comunicarnos, vincularnos con los demás en total naturalidad. Nos activa el sentido de **pertenecer** a una red humana de entendimiento y aceptación que se renueva espontáneamente en las distintas circunstancias. Permite cocrear nuevos mundos con la comunicación. La parálisis del instinto de relación nos rigidiza, nos incomunica, nos aísla en una soledad que está siempre analizando al otro en busca de puentes artificiales que pudieran hacer contacto. Se busca refugio en roles predeterminados, treta que funciona bien para las relaciones públicas pero es un desastre en las relaciones de intimidad. Su síntoma inevitable: la Mentira. No se trata siquiera de decir mentiras, sino de contaminar todo con mentira, con intención de proyectar **imagen**. Desde una voraz hambre de contacto, y ante el abismo de incomunicación generado cuando el instinto se colapsa, el análisis propone una salida: construir una personalidad especial, notable, atrayente, para llamar así la atención de los demás y llevarlos a acercarse, fascinados. Ahí está la mentira, en la personalidad fabricada como imagen para producir una impresión en los demás. “¿Cuál será la pose más natural?”, se pregunta este ego. Todo ocurre en la pura imaginación, por supuesto: ése es el ego de relación. ¡Un titiritero moviendo sus hilos para que los otros reciban una imagen fantástica y por tanto lo encuentren a él fantástico! Fantástico, de todas maneras, pero en el sentido de falso, irreal, mentiroso. Así es imposible **vivir**, la carencia existencial producto de esta parálisis instintiva.

El tercer instinto (a la izquierda, el vértice 6) es el de **sintonía**, ubicación, adaptación, conexión. Corresponde, por cierto, al instinto sexual, pero comprendido como totalidad: percepción energética en cualquier ámbito. El instinto de sintonía nos sitúa y orienta en cada instante, impulsándonos a la acción adecuada a la situación presente.

Cuando se detiene su fluidez es cuando entramos en el pánico de “¿Qué hago ahora? Me perdí. ¡No sé qué hacer!”. La sensación es la de haber caído bruscamente a una realidad paralela –estar en la Luna, se decía antes- sin saber cómo actuar o **conectarse** con la realidad consensuada que se presenta. Completamente desenchufados: ¿Para dónde tengo que ir? ¿Qué tengo que decir? ¿Qué está pasando? ¡No entiendo nada! Frente a esta aterradora pérdida de conexión, no nos queda más que inventar estrategias para aparearnos con alguna seguridad en tierra firme. Mapas delirantes, justificaciones siempre a la mano, y procedimientos mentales laberínticos para tratar de calzar con lo que pasa: miedo y paranoia tratando de convertirse en poder. Existencialmente, la carencia se experimenta como una dificultad para conectarse con la realización, ese **hacer** indispensable que completa el propio sentido y vocación.

Machucados, como estábamos los estudiantes trascendentales por prestar tanta atención al ego, no fue novedad escuchar que ni **hacíamos**, ni **vivíamos**, ni **éramos** de verdad. Ya nos habíamos observado suficiente. Nos enteramos, eso sí, que en cada uno se producía una parálisis primera, un bloqueo fundamental en alguno de los tres instintos. Desde ese bloqueo, sufríamos una carencia básica, personal y crónica, en el ser, o en el hacer, o en el vivir. Tampoco nos importó mucho, porque nos sentíamos trabajando bien y muy a fondo, cerca ya de la salida, de la sanación.

No sabíamos entonces que sanar la carencia fundamental toma una vida de cuidadoso trabajo interno. Pero sí sabíamos, y fuimos comprobando ampliamente, que estando de lleno en el Presente todo se vuelve fluidez, las carencias se evaporan, y el instinto de conservación nos entrega el bendito don del **bienestar**, el de relación el espontáneo tesoro de la **intimidad**, el de sintonía el entusiasmo profundo que nace de la certeza de **estar haciendo camino al andar...**

Descubrimos también que el Presente no dura para siempre... Claro que no. Dura el rato en que somos capaces de sostener una conciencia más despierta; para eso todo el entrenamiento y ejercicio. Para eso la meditación.

En eso estábamos cuando recibimos otro luminoso Eneagrama: el de los Psicocatalizadores (copyright Arica Institute), para ser usados junto con la meditación de las Virtudes. Los Psicocatalizadores, o **Ideas Divinas**, son las nueve primeras manifestaciones de la Conciencia Única. El prisma cósmico que refracta la luz blanca en los nueve colores primarios de los atributos divinos.

Del 1 al 9, se despliega así:

- 1. Divina Perfección**
- 2. Divina Voluntad / Divina Libertad**
- 3. Divina Ley / Divina Armonía**
- 4. Divino Origen**
- 5. Divina Omnisciencia / Divina Transparencia**
- 6. Divina Fe / Divina Fuerza**
- 7. Divina Obra / Divina Sabiduría**
- 8. Divina Verdad**
- 9. Divino Amor**

En los casos en que hay dos nombres para una sola Idea, se trata justamente de eso: palabras distintas que nombran lo mismo.

Oscar había presentado por primera vez su teoría de la Conciencia con los respectivos Eneagramas en una serie de conferencias que dio a fines de 1969 en el Instituto de Psicología Aplicada de Héctor y María Cristina, en calle Bellavista de Santiago. Asistieron un grupo de invitados especiales, entre ellos los psiquiatras Claudio Naranjo y Lola Hoffmann, la cálida psicóloga Ada Contreras, Sergio Huneeus –hoy maestro de taoísmo y artes marciales- y el famoso fotógrafo Sergio Larraín.

El imaginario que se ha creado en torno al Eneagrama y su prodigiosa capacidad de enfocar transformadoramente la autoobservación ha situado el origen de este conocimiento en alguna mágica tradición sufí que lo habría mantenido en secreto hasta hoy. Esto no es efectivo. El diseño mismo del Eneagrama, en su incontestable geometría, tiene más de dos mil años. Hay evidencia arqueológica de ello en la Mesopotamia. Luego reaparece en Ouspensky y Gurdieff, pero solamente como modelo de la circulación de las energías; así fue aplicado a colores o a planetas.

Pero los Eneagramas de la Conciencia y del Ego son creación original de Oscar Ichazo. Con la gigantesca oleada de inspiración superior que elevó la conciencia planetaria en los años 60, sembrando inagotables semillas de novedad en las artes, las ciencias, la tecnología, el pensamiento, él recibió un magnífico *download*. En inconcebibles estados de conciencia expandida Oscar descubrió, contempló, desarrolló esta radiante síntesis del funcionamiento de la mente iluminada y de la mente ensombrecida. La semilla incandescente de un árbol universal cargado de generoso futuro.

Embelesados con las posibilidades místicas que nos abría meditar en las Ideas Divinas con la postura de las Virtudes, dándole menos importancia al ego después de comprobar que no lograríamos exterminarlo, los 70 íbamos de a poco aceptando la situación –estar todos en lo mismo ayuda muchísimo- y aprendiendo a confiar en la vida, puesto que evidentemente la vida está de parte de la esencia...

Listos, entonces, para conocer el Eneagrama de las Fijaciones (copyright Arica Institute), obsesiones centrales de la personalidad. El histórico Eneagrama de los Eneatipos, o nueve tipos humanos. Habíamos tenido oportunidad de profundizar en la observación de las carencias instintivas, y sabíamos que el congelamiento del instinto de conservación, o falta de **ser**, generaba las tres fijaciones de arriba (8,9,1); la distorsión del instinto social, o dificultad de **vivir**, las tres de la derecha (2,3,4); el bloqueo de la sintonía, o desconexión con el **hacer**, las tres de la izquierda (5,6,7). Los nombres de los 9 egos sonaban terribles, pero el tiempo reveló que estos adjetivos eran certeros y muy descriptivos. Los nueve egos se ordenan así:

1. Ego resentido.
2. Ego autoadulador.
3. Ego vanidoso.
4. Ego melancólico.
5. Ego mezquino.
6. Ego cobarde.
7. Ego charlatán.
8. Ego vengativo.
9. Ego indolente.

¡Ninguno mejor que otro! Todos espantosos, como fuimos comprobando después.

Y llegó el gran momento. El día en que íbamos a recibir nuestro eneatispo, es decir, el día en que íbamos a saber a ciencia cierta cuál específica locura y reincidente dolor configuraban nuestro camino y desafío personal.

Se nos distribuyó en tres grupos, de acuerdo a nuestro bloqueo primario, y se nos desafió a detectar, grupalmente, dónde estaba ese bloqueo. O sea, cuál instinto fallaba crónicamente. Los tres grupos acertamos, no por unanimidad –había disidentes- pero sí por mayoría. Hasta el grupo del hacer, con problemas de sintonía, mayoritariamente sintonizó y se ubicó.

Inmediatamente vino el veredicto sobre nuestro eneatispo. Oscar, desde su conocimiento personal de cada uno, y ayudado por nuestras fotos, envió una lista con las fijaciones de todos. Porque los eneatispos no se detectan por análisis –así podemos llegar a cualquier parte- sino por percepción directa. Mientras mejor sea el estado de conciencia con que contemplamos a otro, mayor es la posibilidad de que se nos evidencie este sello personal. Cuando se trata de sí mismo, ciertamente, es mucho más difícil llegar al núcleo decisivo: el ego se defiende, para no ser pillado...

A pesar de lo inmenso del impacto personal de la revelación, esa noche fue de fiesta. Habíamos alcanzado una especie de mayoría de edad. El territorio del viaje liberador se hacía más nítido, y los instrumentos de acción, más específicos y poderosos.

Cada eneatispo tenía al menos seis representantes, y a veces muchos más, porque se sumaron nuestros entrenadores y también algunos discípulos que habían estado con Oscar en Arica. Descripción en palabras de los eneatispos, ninguna. Todo el proceso fue inductivo: observar semejanzas y diferencias para ir llegando gradualmente a vectores y prototipos, más energéticos que conceptuales. Nada más lejano a las caracterizaciones analítico-literarias que abundan hoy en los libros sobre el tema.

Probablemente lo más duro de esa fase, junto con la constatación torturante de la falla instintiva, fue la cruda comparación con los otros representantes del propio eneatispo. Los 6 y los 7, predeciblemente, quisieron saltársela, estableciendo de inmediato alianzas y camaraderías que los protegían en la complicidad. Pero con ello solo postergaban la instancia desgarradora e indispensable de reflejar el propio ego en espejos similares. En otros rincones del Eneagrama ya estábamos lidiando con la incontenible reacción de rechazo a quienes presentan esos mismos idénticos rasgos que detesto y quisiera no tener.

Pero, además de beber el trago propio tan amargo y necesario, estábamos aprendiendo muchísimo de Eneagrama y de eneatispos. Observamos la diversidad en cada tipo: además de grandes diferencias de género –los hombres 1 no se permiten las mismas cosas que las mujeres 1, por ejemplo-, confirmamos que en cada fijación hay de todo. Extrovertidos e introvertidos, románticos y flemáticos, pragmáticos y soñadores. Que existen, por ejemplo, charlatanes que se lo hablan todo, mientras otros nunca dicen nada. Indolentes echados irónicamente hacia atrás, cuando otros no paran de trabajar. Autoaduladores pasando desapercibidos, y otros figurando a como dé lugar. Vanidosos en estricto secreto, y otros, exuberantes, hasta escandalosos. Mezquinos huraños y otros, seductores. Cobardes muy tímidos, pero también temerarios. Más complejo aún: todos los eneatispos pueden estar de un modo ahora, y del opuesto, en la próxima temporada.

Concluimos definitivamente que los egos, sin excepción, son egoístas, competitivos, calculadores, tramposos, siniestros. Narcisistas, por supuesto; susceptibles, arrogantes, manipuladores, ingratos, pretenciosos. Desleales. Siempre esgrimiendo los mecanismos de defensa brillantemente denunciados por Freud. E igualmente destructivos, responsables principales de nuestra frustración e infelicidad.

Pensar que este eneatispo es alegre, o gozador, o este otro generoso, el de más allá pacífico, y el de acá bueno, es error de graves consecuencias. La alegría, el goce, la generosidad, la paz o la bondad son expresiones naturales de la esencia, repartidas por igual entre los Nueve. Aportando un ejemplo personal: creo que los dos hombres más generosos que he conocido en mi vida, a quienes guardo la máxima gratitud, son ambos del eneatispo Mezquino. En el ego, retentividad, egoísmo, cálculo, hostilidad; en la verdad, en la esencia, puro generoso amor. El ego es siempre el negativo absoluto de la esencia.

Cuando ya llevábamos unos dos tercios del entrenamiento completados, vino nuevamente Oscar, esta vez a realizar un ejercicio iniciático con cada uno y a darnos una inolvidable conferencia sobre las Ideas Divinas.

Fue entonces cuando comenzamos a comprender.

Porque nos hizo vislumbrar la Luz, para así entender la Sombra. Comprendimos cómo el apasionado anhelo de perfección del 1 lo lleva inevitablemente a herirse con las durezas del plano material, volviéndose él mismo duro e insensible, perfeccionista y exigente, intentando contener así el abismo susceptible y sentimental que se le abre con angustia ante el menor indicio –o imaginación- de rechazo. Vimos cómo la frustración del inmenso deseo de cocrear del 3 desata en él o ella una frenética actividad productiva, alternada con una descontrolada fabulación, para evitarse sentir el vacío y la soledad. Vimos cómo la sed de verdad y justicia del 8 lo hiere, en el choque con la experiencia material, quedando atrapado en vivencias obsesivas de culpa y separación, de las que trata de escapar a través de la severidad o el desate instintivo. Supimos cómo la añoranza del Origen puede orientar o aplastar la vida del 4. O cómo el imperativo esencial del 7 de dar en el blanco con su hacer, se hiere y distorsiona en mil proyectos idealistas e inoportunos, en el intento de mitigar la quemante sensación de inferioridad que lo persigue. Y también cómo ese 7, cuando renuncia a sus grandiosos proyectos y se entrega sin más al no saber de la Divina Sabiduría, eventualmente llega a fluir gozosamente en el Plan Divino.

Comprendimos, sobre todo, que el ego no importa. Que es el convidado de piedra inevitable, el intruso, el permanente saboteador. El Gollum –la patética criatura de

El Señor de los Anillos- que no se nos despega. Con un amigo inseparable como el ego, no hacen falta enemigos...

Se requiere de experiencia larga y consciente, sin embargo, para aprender a no fortalecerlo con el rechazo, ni menos con la vista gorda. Una vigilante y compasiva ironía lo mantiene en su lugar –tal como hace Frodo con el Gollum en el relato de Tolkien. El lugar del ego es un lugar secundario, en que constantemente molesta y echa a perder, pero sin que lo dejemos entrometerse con el libre albedrío de nuestras decisiones conscientes. Ni le permitamos abonar las plantas carnívoras de la inflamable emoción negativa, nacida siempre de sus pretensiones y susceptibilidades narcisistas. Para llegar a tan amable ironía, eso sí, hay que pasar primero por la detallada desilusión... Nada mejor para detallar la desilusión que meditar, y seguir meditando: contemplar al ego tan de cerca, en la mecánica del propio pensar, aburre, desespera, desilusiona, y finalmente desapega.

Al final del entrenamiento nos fuimos por un mes de verano a Arica, a trabajar todo el día en un recinto especial construido el año anterior por los norteamericanos de Esalen. A hacer los domingos “pampa”, una serie de ejercicios místicos en el desierto. Y a hacer **desierto**, tres días y tres noches cada uno, solo en su ruca en la inmensidad del desierto. Sin radio, sin libros, nada más que agua, víveres y un cuaderno para escribir o dibujar.

Para muchos de nosotros, el desierto fue la experiencia “todo o nada” que necesitábamos. Porque si dejábamos que los pensamientos construyeran su maldita tela de duda, temor, acusaciones y fabulación, los tres días se hubieran vuelto tres eternidades, sometidos al peor suplicio, sin escapatoria. Me pasó, y a la mayoría, que después de unas horas de pensamientos perturbadores, pude entregarme al silencio y al Presente. Disfruté mucho de la compañía de mí mismo y del encuentro desnudo con el Universo; mi ego asomó, a menudo, con sus consabidas triquiñuelas, pero no logró hacerme caer.

Después de la epifanía, solo nos quedaba celebrar. Porque ya aceptábamos suficiente el ego propio y de allí, el ajeno; entonces, no nos interfería demasiado. Y en cambio, presenciábamos, maravillados, el aflorar de la esencia en cada uno de nuestros compañeros, y la confirmábamos en nosotros mismos por la liviandad del propio corazón.

Bailamos mucho, reímos, hicimos música. Contemplamos fastuosas puestas de sol en la playa, jugamos con el mar y con el romance. Practicamos el mudra de nuestra virtud eneatípica, psicocatalizando con la correspondiente Idea Divina como mantra.

Y en marzo de 1972 volvimos a Santiago, y “al agua”, como se decía: a nuestras casas y nuestras vidas, a poner en práctica lo aprendido.

Ese entrenamiento, ese viaje compartido de inagotable enseñanza y trascendentales consecuencias, lo recordamos hoy con emocionada gratitud. Y siempre renovadas perspectivas. De esa experiencia cumbre surge, inmensa, una joya que nunca ha dejado de iluminar nuestra travesía: el Eneagrama.

Gonzalo Pérez Benavides

La Reina, marzo 2015.